

SANCTI ISIDORI HISPALENSIS EPISCOPI DE ORDINE CREATURARUM LIBER.
(C,S)*

CAPÍTULO PRIMERO. De la Fe en la Trinidad.

1. La disposición del universo debe entenderse de dos maneras: en Dios, es decir, y en las cosas, esto es, en el Creador y las criaturas; no porque pongamos a Dios en una parte, o porque la criatura pueda equiparar al Creador, sino porque todo lo que es, se entiende hecho o no hecho, poderoso o sujeto, eterno o temporal. Lo hecho, sujeto y temporal, es la criatura misma. Lo no hecho, poderoso y eterno, es Dios.

2. La Santa Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es inseparable en sustancia, es decir, una sola divinidad, y en la subsistencia de las personas es una Trinidad inconjunta, en la cual no se debe creer que haya nada inferior, nada superior, nada anterior, nada posterior en la naturaleza de la divinidad; nada sirviente, nada sujeto, nada comprensible en lugar, nada temporal, nada débil, nada creciente, nada que pertenezca al sexo o al hábito, nada corporal se puede sentir; sino que es un solo Dios sin inicio, eterno sin lugar, en todas partes completo, disponiendo sin cambio de sí mismo todas las cosas mutables de las criaturas; viendo igualmente los tiempos pasados, presentes y futuros; para quien nada es pasado, nada queda, sino que todo es presente. A quien nada le desagrade que sea bueno, nada le agrada que sea malo; de quien nada naturalmente malo ha sido creado, lo cual por sí mismo no es más que un vicio del bien creado. Bueno, pues, sin cualidad, grande sin cantidad, eterno sin tiempo, preeminente sin lugar, que se infunde en todas las criaturas, aunque no tenga lugar; a quien ninguna criatura abarca, ninguna inteligencia comprende.

3. Un solo Dios Omnipotente, la santa Trinidad Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Padre, pues, Dios Omnipotente no tiene origen de nadie, y él mismo es el origen de la divinidad, de quien el Hijo, Dios Omnipotente, ha sido engendrado sin tiempo; no creado, porque es Dios, a quien, aparte de ser Hijo, todo es común con el Padre en la divinidad, en la eternidad, en la voluntad, en el poder, en la sabiduría. Así también al Padre, aparte de ser Padre, todo es común con el Hijo.

4. El Espíritu Santo es Dios Omnipotente, no engendrado, porque no es Hijo; no creado, porque no es criatura, sino que procede del Padre y del Hijo, a quien, aparte de ser Espíritu Santo, todo es común con el Padre y el Hijo, porque quien es Padre, no es Hijo ni Espíritu Santo en persona aquí; ni quien es Hijo es Padre o Espíritu Santo aquí; ni quien es Espíritu Santo es Padre o Hijo aquí; sino que en esencia, lo que es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo es uno; y lo que es el Hijo, el Padre y el Espíritu Santo es esto; y lo que es el Espíritu Santo, el Padre y el Hijo es esto; pero no hay un número triple de dioses en esa Trinidad; pues, salvando la separación de las personas, todo es común en la divinidad.

5. El Hijo asumió en el tiempo la carne humana, que carece de vicio; tuvo la naturaleza de la humanidad, un alma prudente, intelectual, sabia, excepto la naturaleza divina, teniendo, para que la humanidad fuera íntegra; la cual el Hijo, que es sin tiempo del Dios Padre, asumió, para que quien en la divinidad era Hijo de Dios, en la humanidad fuera el mismo Hijo del hombre. Con esta humanidad nació del Espíritu Santo y de María siempre Virgen; no porque deba creerse que es Hijo del Espíritu Santo como de María, sino porque fue concebido por la virtud y obra del Espíritu Santo, y nació de la Virgen.

6. Sufrió la pasión de la cruz en la carne, no en la divinidad; soportó la muerte por nuestra redención y salvación; sepultado durante tres días, resucitó por el poder divino en la misma

carne; y después de haber instruido a la Iglesia una, santa, católica con la palabra, la consolidó con el ejemplo, la fortaleció con la gracia, la protegió con la paz, asumiendo toda la naturaleza humana, excepto aquello que está sujeto a la corrupción, regresando al Padre, de donde nunca estuvo ausente, se sienta a la derecha del Padre, de donde, cuando todos los hombres resuciten, estará presente para juzgar a los vivos y a los muertos en la gloria del Padre, para dar a los impíos penas eternas, y a los justos premios eternos.

7. Esta es la fe católica, creer y confesar esto, lo cual es más provechoso que discutir; que no pudo ser reconocida por la prudencia secular, ni por la filosofía mundana, que sigue más las imágenes de las cosas que la inteligencia de la verdad, sino que la fe apostólica la transmitió, y la vigilancia eclesiástica la custodia.

CAPÍTULO II. De la criatura espiritual

1. Habiendo mencionado brevemente la inmensidad del Creador, miremos por un momento el orden de las criaturas. En el cual no seguimos la invención de nuestra intención, que por sí misma no es nada, sino las huellas de la Sagrada Escritura y de los mayores que las explican, aunque sea con algún relato tenue. Toda criatura es espiritual o corporal. Pero porque la criatura consiste en espíritus intelectuales, que no están sujetos a la carne, y en almas humanas, que están encerradas en carne, primero se debe hablar de los grados distintos de los espíritus superiores, cuyas gracias o diferencias de ministerios se comprenden en nueve por las Escrituras divinas, a saber, serafines, querubines, tronos, dominaciones, principados, potestades, virtudes, arcángeles, ángeles.

2. Isaías vio a los serafines de pie sobre el trono excelso del Señor, y los oyó cantar, y mereció ser purificado de la contaminación de su boca por uno de ellos enviado a él. Los querubines, en el oráculo del testimonio, figurados en el propiciatorio, cubrían el arca, y en el templo del Señor fueron pintados por Salomón con bueyes y leones. Ezequiel también describe haber visto en las visiones de Dios un carro, que une con un hilo místico las notas de las cuatro Escrituras de ambos Testamentos. Pablo apóstol, escribiendo a los Colosenses, menciona tronos, dominaciones, principados y potestades: "Sean tronos, sean dominaciones, sean principados, sean potestades" (Col. I, 16). Él también narra a los Efesios sobre las virtudes, diciendo: "Sobre todo principado, y potestad, y virtud, y dominación" (Efes. I, 21). Los prados de los volúmenes divinos están llenos de las manifestaciones y nombres de los arcángeles y ángeles.

3. Ezequiel muestra también la significación de estos nueve órdenes de ciudadanos celestiales con nueve piedras preciosas. Bajo la persona del príncipe de Tiro, los discursos del profeta dirigen un lamento sobre el ángel supremo que cayó; donde se dice: "Toda piedra preciosa era tu cobertura, sardio, topacio, jaspe, crisólito, ónice, berilo, zafiro, carbunco, esmeralda" (Ezequiel XXVIII, 13); por lo cual se dice que estaba cubierto con estas nueve piedras, porque estaba adornado con los nueve órdenes de oficios espirituales sobre los cuales presidía.

4. Así como hemos hablado del número, también expliquemos algo sobre los grados distintos de los oficios. Los serafines, por tanto, llamados ardientes o incendiarios, porque arden en el amor de Dios más que cualquier otra criatura racional por una especial concesión del don divino; y cuanto más sobresalen sobre todas las criaturas, tanto más se acercan al Creador por el privilegio de la caridad divina, y están elevados en tal honor de excelencia que entre ellos y el Señor no hay otros espíritus.

5. En segundo lugar, los querubines se cuentan entre los ciudadanos celestiales, cuyo nombre se interpreta como multitud de ciencia, cuyo intelecto, al ser renovado por la contemplación de Dios, se dilata en multitud de ciencia más que todas las criaturas intelectuales que están sujetas. Porque aquellos que contemplan más perspicazmente el espejo de la claridad divina, ¿cómo pueden no conocer los secretos ocultos de las criaturas?

6. En tercer lugar, los ejércitos de los tronos están constituidos, que se interpretan como sedes; en ellos, mientras el Señor se sienta por un don especial, ejerce sus juicios en todas las criaturas de manera terrible y maravillosa. De aquí que el Salmista diga: "Te sentaste en el trono, que juzgas con justicia" (Sal. IX, 5). Y en la revelación de Juan, el ángel dice: "Y el que se sienta en el trono los defenderá".

7. En el cuarto grado de los oficios celestiales están las dominaciones, que superan en alto a los ministerios de los cinco grados que se escribirán a continuación; y cuanto más se les antepone en magnitud de poder, tanto más se les exhibe la sujeción de los demás por obediencia.

8. Luego, después de ellas, en el quinto orden se llaman principados a los ciudadanos celestiales, a quienes se les encomienda el principado de los buenos espíritus, para que gobiernen en la ejecución de los ministerios de Dios que los sujetos deben realizar.

9. En el sexto estado, en los buenos espíritus están ordenadas las potestades, que han recibido del don del Señor el principado sobre diversas potestades; que por su poder refrenan la maldad de los espíritus malignos, para que, si se les permite más de lo necesario, no se atrevan a ejercer su saña o adherirse a los sentidos humanos.

10. El séptimo grado de las ministraciones espirituales se llama virtudes, por medio de las cuales los espíritus realizan frecuentemente virtudes, señales y maravillas en los hombres.

11. El octavo orden es el de los arcángeles, llamados mensajeros supremos, por medio de los cuales se anuncian a los hombres las cosas mayores; y cuanto más sobresalen a los ángeles en la cumbre del orden, tanto más llevan a los hombres, por mandato del Señor, cosas más excelsas.

12. El noveno orden de los ministros celestiales se llama ángeles, que anuncian y aconsejan a los hombres las cosas menores y comunes según la voluntad de Dios.

13. Además, en estos se debe saber que siempre que se les nombra, toman los nombres de la propiedad de los oficios cuando vienen a los hombres; porque esa suma sociedad de ciudadanos celestiales no necesita nombres propios. De ahí que se diga Miguel, es decir, "¿Quién como Dios?", porque se destina a ser enviado contra aquel que se levantará contra Dios. Y Gabriel, es decir, "fortaleza de Dios", se escribe que fue enviado a Zacarías y a la Virgen María, para que quien predijo que lo que la naturaleza negaba iba a suceder, fuera llamado fortaleza de Dios.

14. A Tobías también se envía Rafael, es decir, "Medicina de Dios", pues quien traía salud por virtud divina, no incongruentemente se llama medicina de Dios. Y lo que en los individuos, también puede ser en los grados, que cuando uno realiza el oficio de otro, también se le llama por el nombre de aquel, como se dice: "Haces a tus ángeles espíritus" (Sal. CIII, 4); es decir, cuando quieres, haces a todos estos espíritus ángeles, es decir, mensajeros. Y a veces, por la proximidad de otros grados, unos asumen los oficios de otros grados; como por la proximidad de los tronos, las Escrituras dicen que el Señor también se sienta sobre los

querubines; como está escrito en el salmo: "Tú que te sientas sobre los querubines, manifiéstalo ante Efraín" (Sal. LXXIX, 2).

15. Pero en esa sociedad suprema, lo que se tiene especialmente en uno, se posee en común por todos, porque no menos uno se regocija con lo que ve en otro que con lo que posee en sí mismo; y cuando son enviados, nunca está ausente de su contemplación Dios, de quien se regocijan; no porque esos espíritus puedan estar en todas partes al mismo tiempo cuando son enviados, sino porque el Señor, que está en todas partes, es siempre contemplado en todo lugar por aquellos que discurren sin cambiar de lugar. De donde se escribe: "Miles de millares le servían, y decenas de millares le asistían" (Dan. VII, 10).

16. Ambas cosas hacen las potestades supremas al mismo tiempo, porque ministran cuando son enviados, y asisten cuando contemplan. Sin embargo, a veces los ángeles que son enviados anuncian por sí mismos a los hombres a quienes vienen, a veces envían a otros como sujetos para el oficio de anunciar, como se lee escrito en Daniel: "Gabriel, haz que este entienda el mensaje" (Dan. VIII, 16), lo cual no se duda que fue dicho por alguien como superior.

CAPÍTULO III. De las aguas que están sobre el firmamento.

1. Pero ya que hemos tomado el discurso sobre el orden de las criaturas, que la contención de tu proposición había comprendido, después de la criatura espiritual, sobre la cual hemos disertado brevemente, intentaremos exponer lo que la intención de los autores pudo concebir sobre las aguas que están sobre el firmamento. Pues cuando en el principio el primer día se hizo la luz, que se reconoce como la criatura espiritual hecha, el segundo día el firmamento, que divide entre las aguas que están sobre el firmamento y las aguas que están bajo el firmamento, se testifica que fue hecho; de lo cual se entiende que esas aguas que están sobre el firmamento son superiores en espacio local a toda criatura corporal.

2. Aunque en el salmo ciento cuarenta y ocho, después del firmamento, el sol, la luna y las estrellas, se encuentran esas aguas que están sobre los cielos, sin embargo, para mostrar que son superiores a todas las criaturas corporales, el Salmista, recapitulando como si fueran moradas de excelsas virtudes, antepone los cielos, diciendo: "Alabadle, cielos de los cielos; y aguas que están sobre los cielos, alaben el nombre del Señor" (Sal. CXLVIII, 4).

3. De donde se muestra que después de esos espacios espirituales, cualesquiera que sean, donde habitan los órdenes espirituales, que el profeta llama cielos de los cielos, antes de este cielo visible, esas aguas están constituidas como el inicio de las cosas corporales, que sin embargo, para que nadie las uniera a la criatura espiritual, las puso después de los cielos de los cielos, antes de que hablara de la tierra, subrayando poco después: "Alabad al Señor desde la tierra, dragones y todos los abismos" (Ibid., 7).

4. He aquí que el Salmista dice que estas aguas están puestas sobre los cielos, y sin embargo, antepone a ellas los cielos de los cielos. Por lo cual se demuestra que están colocadas entre ambos cielos, es decir, inferiores a los cielos espirituales, y superiores a los cielos corporales; pero sin embargo, deben decirse que pertenecen a las criaturas corporales, ya que en la obra del segundo día fueron hechas sobre este firmamento corporal.

5. Pero lo que allí hacen de utilidad en los usos de las cosas corporales, se investiga con doble intención de los maestros. Algunos dicen que fueron reservadas por la presciencia de Dios para la abolición del orbe terrestre en el diluvio que ocurrió bajo Noé (como narra la historia

del Génesis), como dice la Escritura: "Y se abrieron las cataratas del cielo, y hubo lluvia durante cuarenta días y cuarenta noches" (Gen. VII, 11). Pero como también las nubes, de las cuales las lluvias riegan la fertilidad del suelo terrenal, y también el aire, en el cual se contienen todos los hemisferios y se agitan las auras, a menudo se cuentan con el nombre de cielos en las Escrituras divinas, como se dice: "Y llovió sobre ellos maná para comer; y les dio pan del cielo" (Sal. LXXVII, 24); y en otro lugar: "Y los cielos darán lluvia, y la tierra dará su fruto" (Sal. LXVI, 7); a algunos doctores les parece que de ese cielo inferior de las nubes se difundió tal abundancia de aguas, que según aquella costumbre, que se lleva a cabo en todo tiempo, también entonces las nubes derramaron la abundancia de lluvias, en las cuales sin embargo la Escritura menciona cataratas abiertas, porque se había enviado una difusión de aguas más allá de lo habitual. Otros, sin embargo, afirman que esas aguas puestas sobre el firmamento están allí para templar el calor ígneo que arde en los luminarios y estrellas, para que no quemem con más de lo suficiente los espacios inferiores.

CAPÍTULO IV. Del firmamento del cielo.

1. Después de esas aguas, en el orden de las criaturas corporales, parece estar en segundo lugar el firmamento, que en el segundo día, como dijimos antes, fue hecho, dividiendo entre ambas aguas; sobre cuya situación, si cubre la tierra desde arriba como un disco, o si rodea toda la creación encerrada como la cáscara de un huevo, no faltan defensores de ambas estimaciones.
2. Pues aquello que el Salmista menciona sobre esto, cuando dice: "Extiendes el cielo como una piel" (Sal. CIII, 22), no contradice las afirmaciones de ambas estimaciones, ya que cuando la piel de un animal cubre su carne, rodea igualmente todos sus miembros por todas partes; pero cuando se extiende separada de la carne, no se duda que puede hacer una cámara recta o curva.
3. Por lo tanto, si cubre la tierra desde arriba como una piel extendida de un tabernáculo, o si como los miembros de un animal son cubiertos por la piel, el firmamento rodea la masa del mundo por todas partes, ambas afirmaciones no son difíciles de sostener.
4. Sobre la situación de este firmamento, si es vacío y penetrable, o sólido y firme, diversos autores han presentado sus estimaciones, como lo que les lleva a estas. Aquellos que prefieren que el firmamento sea vacío y penetrable, para confirmar su opinión, comparan las naturalezas de todos los elementos.
5. Pues muestran y dicen que la tierra es la más pesada de todas las criaturas corporales; y afirman que ocupa el lugar más bajo en las criaturas porque ninguna naturaleza puede sostenerse a sí misma. Pero el agua, cuanto más ligera que la tierra vemos, tanto más pesada que el aire la encontramos. Pues el aire no puede subsistir bajo el agua por sí mismo, sino que, aunque sea retirado por alguna fuerza de necesidad, inmediatamente escapa a sus espacios.
6. La naturaleza del fuego también se encuentra sobre el aire; lo cual se comprueba fácilmente en ese fuego que arde en materias terrenales, pues tan pronto como se enciende, dirige la llama hacia los espacios superiores que están sobre el aire, donde abunda y es su lugar, pero extinguido por la circunfusión del aire más denso, rápidamente se desvanece en el aire suave, de modo que no puede llegar al lugar de su naturaleza. En lo cual se muestra que la naturaleza del fuego, que asciende, es más ligera que el aire; así como la naturaleza del agua, que desciende, se muestra más pesada.

7. Por esta razón, también consideran que el espacio del firmamento que está sobre el fuego es más ligero y más tenue, porque está más alto que todas estas naturalezas que hemos mencionado. En este espacio también consideran que la luz de las estrellas fulgurantes es desigual, porque en ese espacio tan amplio algunas de ellas corren más lejos, otras más cerca; pero aquellos que menos aprecian esta opinión, dicen que las aguas no pueden estar sobre ese espacio más sutil y penetrable que el aire y el fuego; a menos que, como dicen aquellos que mencionamos antes, consistan allí más tenues y sutiles que toda corporalidad.

8. A lo cual otros responden: ¿Qué vapor de agua, por tenue que sea, podría ser más ligero que el firmamento? Por esta razón, aquellos otros piensan que el firmamento está hecho de un aire sólido y firme, y por eso creen que se llama firmamento, porque encierra dentro de sí todos los espacios, tanto sólidos como vacíos, tanto ligeros como pesados, y sostiene las aguas que están sobre él, sean como sean. Pero, dado que entre tantos hombres ha habido variación sobre un asunto tan grande e importante, no creemos que la opinión de uno deba ser preferida sobre la de otro, sino que remitimos al lector a los árbitros de ambas partes.

CAPÍTULO V. Del sol y la luna.

1. Porque en el firmamento del cielo, después de la creación del mar y la tierra, la ley mosaica, o mejor dicho, la divina Escritura, proclama que se formaron dos grandes luminarias, no es inapropiado que, descendiendo de las alturas, el discurso describa en el orden local de las criaturas al sol y la luna inmediatamente después del firmamento, pero de tal manera que en el orden de la creación, después de la tierra y el mar, el alma coloque estas dos luminarias y las estrellas con las palabras de la Escritura, aunque la fe católica crea con razón fiel que todos los elementos fueron hechos sin tiempo.

2. Así, el sol y la luna son dos luminarias establecidas en el firmamento del cielo. Una, que es mayor, para que presidiera el día; la otra, que es menor, para que presidiera la noche. Pero no conservan la misma luz de su esplendor que tenían cuando fueron creadas al principio, durante todo el tiempo de su ministerio en el transcurso de los días y las noches.

3. Porque cuando fueron destinadas por Dios creador para servir a los usos humanos, mientras los hombres vivían sin culpa y perseveraban bajo la ley del Creador, bajo la cual fueron creados, también ministraban adornadas con la plenitud de su luz; pero cuando los hombres, a quienes al principio se asociaron en el ministerio, fueron expulsados por la transgresión y perdieron la bienaventuranza del paraíso, estas luminarias también, aunque no por su propia culpa, sufrieron la pérdida de su luz no sin su propio dolor, como testifica el apóstol Pablo, diciendo: Porque toda la creación gime y sufre hasta ahora (Rom. VIII, 22).

4. Pero como por la venida del Redentor se promete al género humano una restauración a mejor de la bienaventuranza original, no se duda que también la creación recobrará su antiguo esplendor. Por eso el profeta Isaías, iluminado por el espíritu, dice del sol y especialmente de la luna: Y será en aquel día, cuando caiga la torre, que la luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol será siete veces mayor, como la luz de siete días, cuando el Señor venda la herida de su pueblo y sane el golpe de su plaga (Isai. XXX, 25 y ss.).

5. Cuando se haga un cielo nuevo y una tierra nueva (Apoc. XXI, 1), y no se recuerden las cosas anteriores que sirven a la corrupción (Isai. LXV, 17), y el Señor haya sanado la herida del pecado y el golpe de la plaga de la muerte en los cuerpos resucitados (Isai. XXX, 6), y los espíritus soberbios hayan sido depuestos del poder que usurparon, entonces la luz de la luna

se transformará en la luz del sol, y la luz del sol se restaurará en la luz de los siete días en que fue creado, es decir, su luz se restaurará siete veces. Porque nada se restaura, sino lo que se ha perdido o corrompido; por lo tanto, lo que el sol y la luna perdieron, eso volverán a recibir.

6. De lo cual se deduce que las luminarias ahora retienen la séptima parte de su luz, que recuperarán siete veces cuando, como dice el Espíritu Santo a través de Habacuc, poniendo el pasado por el futuro, dice: El sol se elevará en su salida, y la luna se mantendrá en su orden. Porque cesando la mutabilidad del estado humano, al que sirven, también cesará la mutabilidad de su curso. Porque lo que dice, El sol en su salida, indica que nunca se inclinará en su ocaso; y en lo que se dice: La luna se mantendrá en su orden, insinúa que no sufrirá las mutaciones de su incremento y decremento, sino que siempre permanecerá en su orden.

7. Esto será, como dice el Apóstol, cuando la misma creación sea liberada de la servidumbre de la corrupción a la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Rom. VIII, 21). Porque cuando los santos, como recompensa por su trabajo, en el que han servido a Dios, sean transformados y brillen como el sol de justicia, cuya salud es perenne, entonces también a este sol corporal, como recompensa por su ministerio, al que ha estado sujeto a la servidumbre de la corrupción, se le devolverá el resplandor en siete veces su fulgor.

8. Mientras tanto, en los movimientos diarios de su ministerio, cada vez que la luna sigue al sol, aumenta su luz; pero cada vez que precede al sol, disminuye su esplendor. Sobre el estado de la luna se ha pensado de diversas maneras: si es una esfera con una mitad negra y tenebrosa, y la otra mitad luminosa y blanca, y así se realizan los incrementos y decrementos, de modo que cuando poco a poco se muestra su parte luminosa, de la misma manera se oculta la tenebrosa, y de igual manera cuando se vuelve la luminosa, nuevamente se manifiesta la tenebrosa.

9. O si es redonda e iluminada por los rayos del sol, que siempre que se acerca al sol, ya sea antes o después, brilla con el rayo de luz en su borde; pero cuando parece alejarse más y más, su luz se incrementa gradualmente desde el resplandor del sol, de modo que cuando con su orbe completamente igualado se coloca frente al sol, entonces puede tener plenamente en sí la imagen del sol.

10. Sobre los cursos del sol y la luna, no es el momento ni el lugar para disertar, lo cual por eso en este opúsculo trato con menos detalle, porque su brevedad compendiosa no lo permite, y se han convertido en uso para casi todos los lectores por la gracia del cómputo de los días festivos.

11. Algunos consideran estas luminarias como criaturas sensibles, pero lo que decimos es más comúnmente frecuentado por autores católicos en estas estimaciones ambiguas de las sentencias. Debe atenderse a cuál tiene más apoyo de la autoridad de las santas Escrituras; aunque también debe examinarse qué ha llevado la multitud de católicos a la fe: pero las diversas estimaciones, que igualmente han sido afirmadas por católicos y a las que las palabras del sagrado canon no se oponen, deben dejarse en ambigüedad a los árbitros lectores.

CAPÍTULO VI. Del espacio superior y el paraíso del cielo.

1. Habiendo hablado del firmamento y las luminarias, sigue un espacio vacío largo, que se extiende desde el firmamento del cielo hasta la tierra, y se explica por algunos escritores que

está dividido en dos espacios, pero se dice que el espacio superior pertenece al cielo, mientras que el inferior se considera sin duda unido a la tierra.

2. En efecto, el espacio elevado que dijimos pertenece al cielo, es purísimo y sutilísimo, y no tiene ni hinchazones de nubes, ni inflaciones de vientos, ni conspiraciones húmedas de lluvias o aguaceros, ni coagulaciones frías de nieves o granizos, ni mutaciones del aire, ni fragores de tempestades y truenos, ni siquiera el mismo aire, que podría soportar los cuerpos de las aves voladoras y la masa más densa de las mismas nubes, y refrescar las vidas de los diversos seres animados con la inflación recíproca del espíritu aéreo, y animarlas con su aliento, ni tiene en absoluto perturbaciones de los diversos hemisferios.

3. Como se comprueba al ascender a las cumbres más altas de la tierra del monte Olimpo, desconocidas por los demás hombres, y se relata por aquellos que, colocando esponjas humedecidas con vinagre en su boca y nariz para conservar la inflación del espíritu aéreo, suben anualmente (no sé por qué superstición) y afirman que no han visto allí ni ave, ni nube, ni lluvia, ni viento alguno, y después de completar los oficios de los sacrificios, por los cuales van, regresan imprimiendo ciertos signos y marcas en las arenas, que al subir nuevamente al año siguiente encuentran intactas e inmaculadas.

4. De lo cual se demuestra claramente que allí no hay aire perturbado, especialmente cuando en ese lugar no se puede encontrar ni ver nada que pertenezca al verdor de las hierbas o arbustos. Sin embargo, no debe pensarse que ese es el espacio purísimo y sutilísimo superior del que hablamos antes, al que ninguna tierra puede pertenecer o acercarse, sino que este lugar pertenece a los confines extremos de este espacio inferior y a los cercanos del superior. En este lugar, sin embargo, la vida de aquellos que están revestidos de carne no puede permanecer.

5. Por lo tanto, es evidente que ese espacio superior purísimo y tranquilísimo, del que hablamos antes, no está preparado para la habitación de los carnales ni para los usos de las cosas mortales. Por eso, muchos autores católicos afirman que ese espacio fue destinado al principio para que los ángeles que cayeron con su príncipe habitaran, ya que creen que ningún ángel celestial cayó desde arriba, sino que los celestiales, mientras estuvieron en la bienaventuranza angélica, no permanecieron en ella por tiempo.

6. Porque, como dice la Escritura, el mismo diablo es mentiroso desde el principio (Juan VIII, 44), y no permaneció en la verdad (I Juan III, 8), creen que recibió por suerte este lugar de habitación; que la Escritura proclama como el paraíso celestial, que bajo la persona del príncipe Ciro habla así al ángel apóstata supremo: Perfecto en belleza estuviste en las delicias del paraíso de Dios (Ezequiel XXVIII, 13).

7. Así como los hombres, después de su pecado, fueron expulsados de la felicidad del paraíso terrenal, y arrojados a la morada de esta tierra sujeta a maldición, para que, mientras pecaron en la tierra, vivieran después bajo la pena del delito en la morada de una tierra peor, así también los ángeles, que se cree que pecaron en el espacio aéreo, o incluso en el más puro del aire mismo, fueron arrojados a un lugar inferior y más oscuro y turbulento que el mismo aire, y se cree que viven miserable e infelices bajo la expectativa del juicio futuro, en el que serán condenados más severamente; para que, mientras tienen cuerpos aéreos y ahora habitan en el aire, no se considere inapropiado que también hayan tenido antes su sede de bienaventuranza en el aire, pero en uno más puro y sutil.

8. Sin embargo, este lugar, mientras pertenece al cielo del firmamento, como dije, se considera con el nombre de cielo, como el mismo Señor testifica, diciendo: Vi a Satanás caer del cielo como un rayo (Lucas X, 18). Porque de la clara y pura bienaventuranza de ese lugar, por el mérito de su pecado, fue arrojado a la infeliz y miserable morada del espacio inferior, es decir, del aire nebuloso y brumoso; como testifica el apóstol Pablo, diciendo: No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades de este aire, contra los gobernadores del mundo de estas tinieblas (Efesios VI, 12). Que también el mismo Pablo denuncia que Cristo triunfó sobre las maldades espirituales en los lugares celestiales.

9. Por lo tanto, después de que los espíritus malignos fueron arrojados con su príncipe el diablo de esa morada subcelestial límpida que mencionamos, y después de que el género humano fue redimido del pecado de Adán y del propio de cada uno por la venida del Mediador, se piensa que ese mismo lugar es ahora para el descanso de las almas santas mientras esperan la futura resurrección: que también se cree que se llama paraíso celestial, del cual el Señor respondió al ladrón que confesó en la cruz: En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso (Lucas XXIII, 43).

10. Sin embargo, en ese paraíso plantado con árboles y con una fuente luminosa, las almas despojadas de cuerpos no necesitan; más bien, el hombre espiritual, liberado del uso carnal del cuerpo de muerte, no posee, ni necesita ser alimentado por los árboles frutales del paraíso terrenal, porque el eterno no usa lo temporal, sino que contempla lo eterno y espiritual.

11. Hemos tocado estos temas no como confirmación, sino como estimación de los sentidos, especialmente porque no nos atribuimos a nosotros mismos la perspicacia de estimar tales cosas. Porque cuando la necesidad lo exija, podremos presentar a los autores de todas estas opiniones, a quienes se les podrá atribuir fe o duda; esforzándonos más por referir que por defender (opiniones), porque estamos preparados para someternos a la concordia de otra afirmación quizás mejor, si está presente, a la que más ejemplos de la Escritura o estimaciones de católicos consapientes hayan apoyado. Pero habiendo explicado de alguna manera sobre el espacio superior, apresurémonos a lo siguiente.

CAPÍTULO VII. Del espacio inferior y los diversos hemisferios.

1. De ahí que el espacio inferior se llama aire, que dijimos está asociado a la tierra, y del cual se comprueba que la vida de toda carne que se mueve en la tierra y el aire es ayudada y contenida en nosotros y por nosotros. Que a veces también se llama tierra en las Escrituras; como se dice a través del Salmista, cuando todas las criaturas son incitadas en orden supremo a alabar al Señor creador, y cuando se llega a estos espacios del aire después de haber completado lo que pertenece al orden superior de los cielos, se añade así: Alabad al Señor desde la tierra, dragones y todos los abismos; fuego, granizo, nieve, hielo, viento de tormenta, que hacen su palabra (Salmo CXLVIII, 7).

2. Hasta aquí el discurso está en el aire que se llama tierra; luego, la Escritura ordena con sus palabras sobre las naturalezas del suelo y la tierra inferior: Montes y todas las colinas; árboles frutales y todos los cedros (Salmo CXLVIII, 9). Por lo tanto, el aire a menudo recibe el nombre de tierra, porque por la densidad y solidez que tiene en sí, los cuerpos de las aves voladoras, aunque sean muy grandes, son sostenidos, que como los peces casi acuáticos penetran nadando en las profundidades de las olas marinas, así las aves atraviesan volando los espacios aéreos.

3. Porque todo lo que el agua proporciona para conservar la vida de los acuáticos, el aire lo hace para los volátiles, ya que así como la vida de las aves y de todos los que viven en el aire y la tierra se alimenta y conserva con el aliento recíproco, así el movimiento vital de los que viven en el agua se refresca por el tracto de inspirar y espirar a través del agua.

4. Por lo tanto, cuando son llevados al aire, porque no tienen un aliento acuático, pronto desfallecen; así como aquellos que viven en el aire, cuando se les priva del aire, no pueden vivir más. Así como por la solidez del aire se sostienen los cuerpos volátiles, como dije, así también por la misma densidad terrenal que tiene en sí, se sostiene la masa hinchada de las nubes, y por esa solidez del aire, la densidad produce nieves, granizos y hielo, con la ayuda de la fuerza del frío, cuando así se efectúa.

5. Porque este espacio aéreo tiene en su naturaleza la capacidad de atraer y recoger con ligereza fumosa los vapores de las aguas de la tierra y del mar, que elevando en lo alto, mientras consisten en gotas muy pequeñas, el aire mismo las sostiene suspendidas en nubes aglomeradas en sí. Pero cuando, agitado por el viento, esas gotitas se unen en gotas más grandes, no soportando más la naturaleza del aire, caen a la tierra en forma de lluvia.

6. Si, sin embargo, el viento ha agitado y reunido en masas más grandes esas gotas que mencionamos antes, antes de que lluevan hacia abajo, el hielo en las nubes las ha atrapado, la violencia del frío las convierte en piedras coaguladas. Pero si el frío ha alcanzado los vapores aún no densados en gotas, es decir, en hielo, los transforma en forma de nieve, y lo que el aire suspende más alto en la nube, no soportando el aire, y dispersando el viento, lo deja caer a la tierra.

7. Como el Salmista, al recordar esto, dice del Señor: Él da la nieve como lana, esparce la niebla como ceniza. Envía su hielo como bocados; ¿quién puede resistir ante su frío? (Salmo CXLVII, 5). Y para mostrar que las nieves, ya sea en la tierra o en las nubes, se disuelven nuevamente en agua, poco después añade, diciendo: Enviaré su palabra, y las derretirá; soplará su viento, y correrán las aguas (Ibid., 7).

8. Para que sea evidente que las aguas se suspenden de esta manera en las nubes, está escrito en el libro de Job: Él suspende las aguas en sus nubes, para que no se derramen juntas hacia abajo (Job XXVI, 8). Sin embargo, el aire devuelve a la tierra y al mar las aguas que antes elevó de estas partes inferiores. Y aunque la concepción pluvial las haya extraído de la salada extensión del mar, se endulzan a través del aire. Así como cuando el agua salada del profundo mar se vierte a través del suelo de la tierra (como es costumbre frecuente entre los marineros), se transforma inmediatamente en el sabor de agua dulce. Por el cambio del aire, el creador hace los vientos, y con una agitación más vehemente, también los fuegos y los truenos, por mandatos ocultos, a través de los ángeles, por los cuales se gobierna el mundo visible, como las demás cosas.

9. Algunos, sin embargo, sobre el efecto del trueno, entienden que cuando hay espacios de dos elementos alrededor del aire, es decir, fuego y agua, uno superior, como dijimos, y uno inferior, y sin embargo la naturaleza del aire atrae ambos en sí, es decir, el agua en forma de vapor desde abajo, y el fuego en forma de calor desde arriba, esos dos elementos contrarios se enfrentan.

10. Porque es imposible que los truenos se muevan sin nubes húmedas y relámpagos, como es claramente evidente a los ojos de los que observan; en cuyo conflicto de fuego y agua se suscitan sonidos confusos y fragores horribles; y si el fuego es el vencedor, no daña

moderadamente a los frutos de la tierra y los árboles; pero si el agua vence, no pierde su fuerza fructífera, tanto en los árboles como en las diversas especies de hortalizas que nacen.

11. Porque principalmente en ese tiempo suenan los truenos, cuando los frutos de los árboles y la tierra están aún en exhibición, antes de que comiencen a madurar. Porque a través de las criaturas, los incrementos o decrementos de otras criaturas son gobernados por el mandato del Señor creador.

CAPÍTULO VIII. Del diablo y la naturaleza de los demonios.

1. En esta morada turbulenta y nebulosa del aire, como dijimos, los ángeles expulsados de la sublime felicidad habitan con su príncipe. Pero ese príncipe se llama Satanás y diablo, y los demás espíritus, ministros de ese príncipe, que antes eran ángeles, ahora se llaman demonios. Así como cambiaron sus méritos, también cambiaron sus nombres y lugares; pero aún ahora a menudo se les llama ángeles en las Escrituras con el antiguo nombre, porque estos son mensajeros de la maldad, así como los buenos espíritus son mensajeros de la justicia.

2. Como se lee escrito en el Evangelio: "Que preparó mi Padre para el diablo y sus ángeles" (Mateo XXV, 41). Y el Apóstol dice: "Me fue dado un agujón en mi carne, un ángel de Satanás que me abofetee" (II Cor. XII, 7). Pero incluso estos lugares los poseen hasta el tiempo del juicio bajo la expectativa del terrible advenimiento del Señor, no sin temor y temblor, aunque infructuoso, como lo atestiguan las palabras apostólicas, que dicen: "Porque también los demonios creen, y tiemblan" (Santiago II, 19). Y para que sea manifiesto que bajo la expectativa del tiempo, en el cual serán juzgados más duramente, o más bien serán perdidos, este lugar del aire es habitado por espíritus inmundos, que en presencia del Salvador clamaban: "¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí a destruirnos antes de tiempo?" (Lucas IV, 34).

3. En la venida del juez eterno (cuando se complete la oración común de todos los santos, diciendo: "Hágase tu voluntad en la tierra, como en el cielo" [Mateo VI, 10]) los siervos inútiles serán arrojados a las tinieblas exteriores, cuando el Señor expulse a los adversarios, así como los rechazó de la tierra, así los expulsará del cielo, para quienes el castigo del fuego eterno (como el mismo Señor testimonia) ha sido preparado irremediablemente por el Padre (Mateo XXV, 41).

4. Por eso no merecen recibir ni remisión ni redención, porque cayeron del estado más sublime del orden, y por lo tanto no tuvieron nada más a lo que pudieran ser llamados nuevamente, dejando el pecado, ya que contaminaron toda su bienaventuranza, en la cual fueron establecidos, por la transgresión del bien natural, que eran, y de la ley del Señor, en la cual fueron creados; por lo cual ni desean arrepentirse, ni tampoco, si se hubieran arrepentido, podrían recibir perdón en absoluto.

5. Porque el género humano mereció recibir redención de su Creador, porque cayó de un grado inferior de su orden; pues cuando aún estaba en el paraíso terrenal, destinado al oficio de generar y asignado al consumo de alimentos, habría recibido una mejor, más sublime y espiritual vida sin muerte, si mientras estuviera en esta conversación, el hombre hubiera permanecido en la custodia del mandato.

6. Por lo tanto, la clemencia del Creador lo devuelve al estado al que el pecador aún no había llegado a través de la pasión del Señor, al cual, si hubiera caído de allí, como el ángel, nunca sería llamado de nuevo, porque no será restituido a aquel grado o orden del cual el primer

hombre cayó, sino a otro más sublime, que esperó, diciendo el Señor: "Serán como ángeles en el cielo" (Mateo XXII, 30; Marcos XII, 25). Es decir, no como hombres en el paraíso; pues a esa mortalidad, que por un tiempo fue asignada a la procreación y al consumo de alimentos, aunque redimidos, los hombres no podrán regresar; sino que, resucitando después de la muerte con cuerpos espirituales, sin crecer, sin envejecer, sin morir, serán partícipes de la felicidad angélica.

7. Si se busca el tiempo de la transgresión diabólica, se descubre originalmente que el pecado del diablo fue antes del tiempo de las cosas visibles; pues la Escritura enseña que todas las cosas que fueron hechas, fueron hechas simultáneamente y sin tiempo, la cual dice: "El que vive eternamente, creó todas las cosas al mismo tiempo" (Eclesiástico XVIII, 1). Entre todas estas cosas, también aquel fuego infernal eterno, del cual el Señor dice: "Id al fuego eterno, que mi Padre preparó para el diablo y sus ángeles" (Mateo XXV, 41) se duda mínimamente que fue hecho al mismo tiempo. Pues en lo que dice, creó todas las cosas al mismo tiempo, no dejó nada no hecho entre todas las criaturas.

8. Por lo tanto, para quien se preparó una prisión en aquella condición de las criaturas, su pecado precedió originalmente a las mismas criaturas; pues el Señor no habría preparado un castigo para alguien aún inocente, si no hubiera precedido el delito de aquel al castigo preparado. Pero también hizo esto sin tiempo, quien efectuó el castigo de su condenación, por el cual el siervo fugitivo sería atormentado.

9. Pero este ángel, cuando se apartó de la bienaventuranza del Creador, perdió todo el bien de su naturaleza, que tenía en su condición; pero malo para sí mismo, siempre permanece bueno para Dios, mientras obedece la orden del Señor, aunque no voluntariamente, sin embargo, obedece por el poder de Dios. Pues de todo el bien de la naturaleza que tenía, ahora solo tiene esto, que obedece a Dios creador en todo lo que se le ordena.

10. Pero este bien no es un bien en el diablo y sus ministros, quienes obedecen porque no pueden no obedecer; pero esta obediencia de ellos es buena en Dios, cuya buena voluntad la mala voluntad del diablo, aunque se le ordene obrar bien, no puede resistir. Pero a menudo sucede que cuando se ordena hacer algo con la buena voluntad de Dios, su mala voluntad se alimenta en esta misma obra. Así como para engañar a Acab, el rey impiísimo, idólatra y perseguidor de profetas, cuando, enviado por el Señor, se le preguntó en qué engañaría, no solo se ofreció voluntariamente para esta obra, sino que también indicó con qué consejo lo llevaría a cabo, y respondió: "Iré, y seré un espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas". Y el Señor dice: "Ve, y hazlo así, y engañarás a Acab" (II Crónicas XVIII, 21).

11. Pues convenía mucho que quien había dado muerte a los verdaderos profetas del Señor, pereciera seducido y engañado por el falso discurso de los pseudoprofetas. He aquí que el diablo se ofreció prontamente con su mala voluntad a este oficio de engañar al impío, pero no podría haberlo hecho si no hubiera sido permitido por el Señor; en lo cual la buena voluntad de Dios ejerció la justa venganza de los santos profetas, pero el mal ministro alimentó su mala voluntad en la destrucción del impío y pecador.

12. Pero ni en los hombres, ni en las cosas que están sujetas a los hombres, puede hacer nada sin el permiso de Dios, como atestigua la verdad evangélica, que refiere: "Si nos echas, envíanos al hato de cerdos" (Mateo VIII, 31). Pues así como en aquellos hombres de los cuales era expulsado no pudo permanecer más allá del mandato del Señor, así también mostró que no podía entrar en los cerdos sin su permiso.

13. Lo cual se manifiesta de manera similar en el bienaventurado Job y en las cosas que poseía y había perdido. En las cuales se prueba que la malicia del enemigo no hizo nada sin el permiso del Creador, como se dice: "¿No lo has cercado a él, a su casa, y a todo lo que tiene?" (Job I, 10). Y cuando del Señor se le permite al maligno enemigo el poder sobre su sustancia, así se añade: "He aquí, todo lo que tiene está en tu mano; pero no extiendas tu mano sobre él" (Job I, 12). Y Job, sintiendo que esto era así, cuando supo de las pérdidas de sus cosas, respondió: "El Señor dio, el Señor quitó. Como quiso, el Señor hizo: sea bendito el nombre del Señor" (Job I, 21).

14. No dijo: "El Señor dio, el diablo quitó"; pues sabía con certeza que sin el permiso de Dios el adversario no podía hacer nada en las cosas o en los hombres. Pero a menudo, como dije, en el mismo ministerio se alimenta por sí misma la mala voluntad de su adversario, y la benevolencia del Señor se administra ya sea por justa venganza o por la dispensación de una prueba fructífera; bajo esta distribución bifaria de buena y mala voluntad, tanto a los malos los trituran con venganzas, como a los buenos los prueban con tentaciones.

15. Pues para esto se difiere el castigo de ellos por el Señor, mientras aún vuelan libremente en este aire hasta el tiempo del juicio final, para que los malvados de entre los hombres aparezcan como sus compañeros tanto en el crimen como en el castigo, y los buenos, probados por las tribulaciones infligidas por ellos, se manifiesten.

16. Pero los espíritus impuros e impíos, vagos y sutiles, son pasibles en ánimo, y vestidos de cuerpos aéreos, nunca envejecen, y ejerciendo enemistades con los hombres, se hinchan de soberbia. Astutos y engañosos, conmueven los sentidos de los hombres, y causando terror a los mortales, perturban la vida con inquietudes de sueños, enfermedades, y distorsión de miembros, fingiendo presagios y oráculos, y gobernando la suerte, infunden el deseo de amor ilícito y codicias en los corazones humanos; y mintiendo cosas verosímiles, se transforman en la apariencia y luz de los ángeles buenos.

17. Y así como en malicia, también difieren en grados de potestades. Y así como ahora los buenos espíritus, es decir, los ángeles perfectos, penetran el aire impasiblemente, así también ellos, si no hubieran pecado, tendrían los mismos lugares que ahora poseen pasiblemente, sujetos a ellos, si vivieran feliz y bienaventuradamente.

18. Y también cuando pronuncian sus nombres, asumen para sí vocablos de los oficios de malicia y potestades, como cuando el adversario fue interrogado por el Señor sobre su nombre en la región de los Gerasenos, respondiendo, dijo: "Legión es mi nombre, porque somos muchos" (Marcos V, 9). De donde es manifiesto que no pronunció un nombre propio, que no tenía, sino que expresó el vocablo de su grado y potestad; y al Señor que preguntaba, porque no podía hablar de otra manera, le indicó de sí mismo lo que era verdad.

CAPÍTULO IX. De la naturaleza de las aguas y el curso del Océano.

1. Después de haber recorrido los espacios del aire con sus habitantes, ahora se dirige la atención al elemento del agua, que está situado entre el aire y la tierra: cuya congregación, como declara la escritura del Génesis, se llama mar, cuando se dice: "Y a las congregaciones de las aguas llamó mares" (Génesis I, 10). De las cuales, la parte que se distribuye por fuentes, ríos y estanques en las tierras, tiene dulzura, para proporcionar bebida a los animales sedientos, y consuelo para otros usos, y para regar más fecundamente la tierra para alimentar los frutos.

2. Por lo cual también las lluvias, que fluyen cribadas desde las nubes a través del aire, se vuelven sabrosas para que más adecuadamente ayuden a la fuerza fructífera y a calmar la sed, como dijimos antes. Pero la parte inmutable de las aguas, que se extiende por grandes espacios de tierra, y cuyos límites de agua se ocultan, retiene naturalmente la salinidad y un sabor más acre, para que convenientemente nutra más útilmente los frutos para los usos humanos, que la onda de licor sabroso no tendría.

3. Pero si el sabor sabroso o salado es más natural, o ambos por igual, Dios lo verá con certeza; aunque muchos piensan que la salinidad es el sabor natural de las aguas, y creen que el más dulce es condimentado por la naturaleza de la tierra o el aire; pero así como el agua salada se endulza al ser vertida sobre el suelo, también el agua dulce al ser vertida sobre cenizas de hierbas marinas se vuelve inmediatamente de sabor salado; por lo cual no es difícil creer que ambos sabores son naturales a su manera, ya que cada uno puede ser transformado de uno a otro.

4. Pero los estrechos del mar a menudo distinguen los espacios de tierra, para que también cerrara los límites de las naciones, y con la munificencia de sus olas enriqueciera todas las provincias de diversos pueblos, y entre todas las patrias proporcionara todos los intercambios necesarios de comercio mutuo. Cuánta concordancia tiene el Océano con los cursos de la luna en su inundación y retroceso, es claramente evidente para los que observan y prestan atención diligente, que diariamente parece venir y retroceder dos veces a la tierra durante veinticuatro horas incesantemente, cuyo curso se divide en toda conveniencia en las vicisitudes de ledonis y malinae.

5. Pero la marea de ledonis siempre completa seis horas de su incremento con inmutable costumbre, y durante otras tantas horas descubre los mismos espacios que había cubierto. Sin embargo, la marea de malinae actúa durante cinco horas de su inundación, y durante siete horas con su retroceso devuelve vacías las costas que había llenado; que parece tener tanta concordancia con la luna, que siempre nace en su medio, que se ve perseverar por siete días, doce horas y una cuarta parte del día, según una exploración diligente.

6. Y así sucede que cuando nuevamente la luna llena disminuye, también la malinae se oscurece de nuevo; pero en los intervalos se descubre el ledo, que nunca se ve acercarse ni al plenilunio ni a los inicios de la luna naciente, y por esta vicisitud se efectúa que durante todo el año común se numeran XXIV malinae y otros tantos ledones; pero en el embolismo se encuentran veintiséis malinae y del mismo número de ledones, porque en todo sigue inseparablemente el curso de la luna.

7. Pero cuatro de estos, es decir, de los tiempos, cuatro medias, dos malinae equinocciales, y otras dos, cuando el día o la noche hacen su fin de incremento y decremento, se ven hacerse más altas en inundación más fuertes de lo habitual, como se puede probar con los ojos, y se ven descubrir mayores espacios de costas. Y como es imposible que no abandone algunos espacios, aunque desconocidos para nosotros, cuando inunda a través del suelo de nuestras tierras, así también llena esos mismos lugares al retirarse de nosotros, para que nuestra marea allí sea retroceso, y nuestro retroceso allí sea marea, nos vemos obligados a confesar que ignoramos la mitad del ministerio del mar.

8. Pero en esto y en muchas cosas similares, no se concede nada a nuestro conocimiento, sino clamar la potencia e inmensidad del Creador, quien "dispuso todas las cosas en número, peso y medida" (Sabiduría XI, 21). Y mientras tanto, con el insigne maestro de los Gentiles decir:

"En parte conocemos, y en parte profetizamos. Pero cuando venga lo que es perfecto, entonces conoceré como fui conocido" (I Cor. XIII, 9).

9. Pero de este elemento acuático se pronuncia en la escritura del Génesis que fueron hechos diversos géneros de peces y aves, es decir, de todos los acuáticos y volátiles. Pero los filósofos que razonan sobre las naturalezas de las cosas enumeran que hay CLIII géneros de peces, número que la red apostólica, como reuniendo de todo género de peces, había contraído.

10. Pero si las aves también tienen este número de géneros, o mayor, o menor, aunque hay algunos que lo estiman, sin embargo, como no pueden afirmarlo con gran autoridad, no deben ser seguidos ni rechazados; pero aunque el origen de todas las aves provino del agua, ¿de dónde surgieron sus costumbres tan diversas de habitar, o vivir, o nadar, que algunas siempre flotan en las aguas saladas y tienen su sustento; otras habitan en estanques y ríos de aguas dulces? Otras viven en la tierra sin ninguna costumbre de nadar, de las cuales algunas se encuentran en los campos, otras en los bosques, otras en las montañas, otras en lugares pantanosos. A otras no las levanta la pluma para volar, otras penetran volando espacios tan altos y remotos del aire, que en verano incluso llevan nieve de las nubes más altas con sus alas.

11. A menos que tal vez estas costumbres tan diversas de origen, aunque de agua, la diversidad de condición en todas las aves lo haga, para que de estas algunas sean formadas de agua salada, otras de agua dulce, otras del rocío de las hierbas, otras de la constelación de los árboles, otras de la humedad de los pantanos, otras de la confluencia de las montañas, otras del vapor del aire, otras de la fluida conspiración de las nubes más altas, y cada ave naturalmente se acostumbre a lo que perteneciera al origen de su condición, para que cada ave viva allí y de donde primero tuvo para ser.

CAPÍTULO X. Del paraíso.

1. Y puesto que después de las aguas la tierra está situada en el orden de los elementos, primero hablaremos del paraíso, donde había estado la morada de los primeros hombres; aunque debe colocarse el discurso en el lugar de la mención, sobre el cual se han pronunciado diversas opiniones de muchos, si la misma vida inmortal, con la que los hombres fueron dotados antes del pecado, se llamó paraíso, o si todo este orbe de tierras fue dispuesto tan cómodamente para los que vivían inocentemente, que se llamara paraíso, de modo que mientras vivieran sin culpa sin ningún vicio, también la habitación de su tierra les ministrara todo felizmente sin ningún trabajo, y después de pecar y ser transformados en peores, también el orbe por el vicio de ellos y la sentencia de venganza fue cambiado y oscurecido (como dijimos del sol y la luna), y aunque no toda, perdió en gran parte su belleza y fuerza fructífera, para que lo que había ayudado a la bienaventuranza y felicidad de los que vivían bien, acumulara las venganzas de los que vivían mal.

2. O si también algún lugar espiritual lleno de la bienaventuranza de esta felicidad fue dispuesto para los hombres que guardarían el mérito de su creación, en el cual no había nada que pudiera dañar la bienaventuranza corporal, mientras se guardara la paciencia del mandato. A esta opinión no poco apoya la autoridad de la Escritura del Génesis, que dice: "Plantó, pues, el Señor Dios un paraíso desde el principio, en el cual puso al hombre que había formado" (Génesis II, 8). Pues el paraíso se dice plantado desde el principio, mientras este lugar parece tener el principado del orbe, en el cual no se duda que el primer hombre fue puesto inmediatamente después de su creación.

3. Pues convenía de todas maneras que la cabeza y principio del género humano se pusiera en la cabeza y principio del orbe, para que de allí la propagación de los hombres tomara el incremento de sus miembros, de donde el orbe de tierras, que habita, tomara su inicio. El estado de este paraíso, cuando la misma Escritura lo enumera, lo narra adornado con árboles fructíferos y una gran fuente, con la cual se riega la faz de toda la tierra, mientras dice que el hombre fue puesto allí, diciendo así: "De todo árbol del paraíso come" (Génesis II, 16). Y la mujer dice: "Del fruto de los árboles que están en el paraíso comemos" (Génesis III, 2). Y poco antes se dice: "Y subía un manantial de la tierra que regaba toda la superficie de la tierra" (Génesis II, 6).

4. En estas cosas, históricamente, sin enigmas, ¿qué impediría que se mantuviera la verdad de la misma Escritura, como también brilla la autoridad sobre todas las cosas que contiene desde el principio de toda la criatura visible naciente corporalmente? Pues creemos que el firmamento, el mar, la tierra, los luminarios, las estrellas, los acuáticos, y también los animales terrestres, y el mismo hombre, como la Escritura del Génesis investiga históricamente, sin enigmas.

5. ¿O solo en esto, que menciona el lugar del paraíso adornado con árboles fructíferos y una gran fuente, no lo recibiremos sino en enigma? Pero esto puede entenderse de ambas maneras, es decir, tanto según la narración histórica de los hechos, como según la topología, es decir, según la explicación moral.

6. La Sagrada Escritura se entiende de manera tripartita, cuyo primer modo de entender es cuando se conoce únicamente según la letra, sin ninguna intención figurativa, como dice San Jerónimo: "Los Hechos de los Apóstoles me parecen sonar como una historia desnuda". El segundo modo es cuando se investiga según la inteligencia figurativa sin ningún respeto a las cosas, como la primera y última parte de Ezequiel, el Cantar de los Cantares y la exposición de algunas parábolas del Evangelio, que dicen una cosa y hacen otra. 7. El tercer modo es cuando, salvando la narración histórica de las cosas, se entiende de manera mística, como el arca de Noé, el tabernáculo y el templo, que fueron hechos históricamente y designan intelectualmente los misterios de la Iglesia. Así también el lugar del paraíso del primer Adán, que fue forma del futuro, y de la Iglesia futura, que es la tierra del segundo Adán, prefiguraba los misterios.

8. Mientras allí viviera inmortal y felizmente, ¿acaso no estaría sometido a él la sujeción de todo el orbe? ¿Qué le impediría entrar en el orbe, quien no temería que las criaturas le hicieran daño, mientras el fuego no quemara, el agua no ahogara, la fortaleza de las bestias no matara, las espinas o los aguijones de cualquier cosa no hirieran, la ausencia de aire no sofocara, ni todas las cosas que dañan a los mortales lo impedirían?

9. Pues el cuerpo inmortal, invulnerable e indestructible, no encontraría en todas las criaturas nada que le infligiera muerte, herida o daño, hasta que ofendiera al Creador por desobediencia. ¿Qué prohibió al habitante del paraíso explorar todo lo que le estaba sujeto, cuando el Señor no solo no se lo prohibió, sino que se lo mandó, diciendo: "Creced y multiplicaos, y llenad la tierra, y sometedla; y dominad sobre los peces del mar y las aves del cielo" (Gén. I, 28)?

10. Pues así como a los ángeles les es libre discurrir en lo que les está sujeto desde la sede del cielo, y sin embargo tienen su sede en el cielo, ¿qué impediría a los hombres establecidos en

el paraíso discurrir por toda criatura que les está sujeta sin su trabajo? Así como poseían cuerpos inmunes al dolor, la vejez y la muerte, también los tenían libres de todo trabajo y pereza.

11. Pero cuando el colono del paraíso cometió pecado en el lugar de su felicidad terrenal, fue arrojado a la morada de la tierra maldita, y de inmediato perdió parte de todo lo que antes poseía, y parte lo conservó con trabajo. Y al ser excluido de la sede de la bienaventuranza, se le cerró la posibilidad de regresar, y así sucedió que, al igual que el ángel apóstata, arrojado con los suyos de la suma serenidad de su paraíso, fue destinado al lugar oscuro de este aire, así también el hombre fue arrojado de la felicidad terrenal de su paraíso a la morada de esta tierra maldita.

12. Así está escrito: "Y el Señor Dios lo expulsó del paraíso, y lo arrojó a la tierra de la que fue tomado. Y puso delante del paraíso un querubín, con una espada flamígera y giratoria, para guardar el camino del árbol de la vida" (Gén. III, 23). En esto se demuestra que, aunque se dice que el querubín guarda el camino del árbol de la vida, sin embargo, se ordena defender todo el paraíso, ya que la Escritura indica que la espada flamígera no está colocada solo ante el árbol de la vida, sino ante todo el paraíso.

13. No está claro de qué árbol comió específicamente Adán, pero es evidente que inmediatamente después del pecado cubrió su desnudez con hojas de higuera, el único árbol al que el Señor Jesús, en el tiempo de su carne, poco antes de sufrir la muerte por el delito de Adán, maldijo, y pronto se secó, cuando dijo: "Nunca más nazca fruto de ti para siempre" (Mat. XXI, 19), es decir, que no pueda dañar más a los hombres, como antes el diablo. He aquí que Cristo recogió en este árbol, es decir, la higuera, la maldición del delito de Adán, que infectaría toda la tierra antes de que la purificara con el rocío de su sangre.

14. Sin embargo, si el hombre tomó la culpa primero de este árbol o de otro, Dios lo sabe con certeza. Sin embargo, cualquiera que sea ahora, que entonces fue llamado árbol del conocimiento del bien y del mal, no se debe pensar que pueda dañar tanto a los que ahora lo usan como pudo entonces a los establecidos en el paraíso, de modo que incluso ahora pueda conferir muerte a los que lo usan; no se debe creer que en la naturaleza del árbol haya algo mortal, ni que pueda dar conocimiento del bien y del mal, sino que la transgresión del mandato del Señor, que prohibió comer de este árbol, causó la muerte.

15. Si hubiera obediencia, esto era conocer el bien; y cuando hubo desobediencia, esto es conocer el mal. Sin embargo, el hombre no pudo entender la diferencia entre ellos sin transgresión; pues cuando solo poseía el bien, ignoraba qué era el mal y cómo le dañaría. Para que sea evidente que en este árbol, aparte de la desobediencia original, no había nada nocivo, he aquí que no se excluye de este, sino del camino del árbol de la vida, en cuya exclusión se prepara misericordiosamente la remisión del primer delito.

16. Pues si el hombre después de ese pecado original hubiera comido del fruto del árbol de la vida, no podría en absoluto, miserablemente y para siempre, despojarse de la mancha del pecado cometido muriendo en un cuerpo sujeto a la vejez y los dolores; pues el Señor preparó que este crimen del delito no se borrara de otro modo que no fuera por la muerte, lo cual previó y predestinó que sucedería por la venida en carne de su Hijo Jesucristo, para que por su muerte nuestra culpa muriera, y por su resurrección se evacuara la ley de nuestra muerte, y por la ascensión de su cuerpo, y la morada en el cielo, se nos donara la inmortalidad a nuestra humanidad, y se nos concediera la compañía de la vida angélica y espiritual que nos fue preparada al principio; como también en la última vocación del juicio futuro se dice con

certeza por el Señor a los que están a la derecha: "Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os fue preparado desde el origen del mundo".

CAPÍTULO XI. Sobre la situación del orbe terrestre, que habita el género humano.

1. Además, sobre la situación del orbe terrestre, que habita el género humano, el salmista dice al Señor: "Tú que fundaste la tierra sobre su estabilidad; no se inclinará por los siglos de los siglos. El abismo, como vestidura, es su manto; sobre los montes estarán las aguas" (Sal. CIII, 6). De lo cual se entiende que la tierra no está fundada sobre la solidez de otro elemento, sino sobre su propia estabilidad y firmeza. Si algo está colocado debajo de ella, como las aguas, y las aguas al aire, y el aire al espacio superior, y este al firmamento, y el firmamento a las aguas superiores, lo sabe ÉL, que en todas partes y desde todas partes contempla todo.

2. En la parte que se ha dado a los hombres para habitar, muchos autores han afirmado que el orbe está dividido en cuatro partes: de las cuales los sabios entienden que los nombres de las cuatro partes comienzan con las cuatro letras del nombre del primer terrígeno, es decir, Adán. Anatole, Dysis, Arctus, Mesimbria, es decir, Oriente, Norte, Sur, Occidente. Convenía que quien llenara toda la tierra con su género, reuniera con su nombre los vocablos de las cuatro partes del orbe cuadrado.

3. También se distingue en cuatro estaciones del año en orden anual, y al completarse el espacio del año, la disposición del orbe terrestre siempre se reduce sin cesar a un círculo. En el tiempo de la primavera, cuando el mundo fue instituido, siempre florece; en verano florece y fructifica; en otoño madura y otorga a los mortales el uso adecuado de sus frutos; en invierno cae y se seca.

4. Pero sufre esta costumbre de aumento y disminución mientras está sujeta a la servidumbre de la corrupción, sometida al oficio de los mortales. Pues cuando cese la condición de nacer y morir en los hombres, entonces también la tierra no tendrá los incrementos y pérdidas de su verdor y aridez, cuando se cumpla la profecía de Isaías, más bien del Señor por Isaías: "He aquí que yo creo cielos nuevos y tierra nueva, y no se recordarán las cosas anteriores, sino que os alegraréis y exultaréis en lo que yo creo".

5. Pues mientras los hombres vivan espiritualmente con cuerpos transformados, es necesario que habiten en lugares transformados a mejor, es decir, espirituales. Este cuerpo (como dice Pablo) se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual; se siembra en deshonor, resucitará en gloria. Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 42 ss.). Pues cuando la corrupción y la mortalidad hayan dejado de existir en los cuerpos, entonces el hombre no necesitará usar cosas mortales y corruptibles.

6. Lo cual también los santos Evangelios confirman que fue probado en la resurrección del cuerpo del Señor, cuando anuncian que las vendas con las que había sido envuelto fueron dejadas solas en el sepulcro después de su resurrección, como se dice de Pedro: "Y vio las vendas solas, y se fue, maravillándose de lo que había sucedido" (Juan XX, 5). Por tanto, con cuerpos nuevos, que no necesitan lo que requiere el uso de la vida corruptible, se creará una nueva tierra con un nuevo cielo para habitar, es decir, la naturaleza y superficie de esta tierra se renovará en un estado espiritual, que convenga a los espirituales, sin ninguna mutabilidad.

7. Pero ¿cuándo sucederá esto? Cuando Jerusalén sea creada como alabanza en la tierra, y su pueblo sea gozo y exultación, y cuando los santos se alegren en lo que el Señor crea, y cuyo

sol no se pondrá, y la luna no disminuirá; cuando los redimidos por el Señor vengan a Sion con alabanza, y haya alegría sempiterna sobre sus cabezas, y obtengan gozo y alegría, y huyan el dolor y el gemido, y se completen los días de su luto, y los que lloran sean consolados, y Dios enjugará toda lágrima de todo rostro de los santos, y borraré el oprobio de su pueblo, y el dolor de todos los que lloran en Sion será quitado, y recibirán corona por ceniza, óleo de gozo por luto, manto de alabanza por espíritu de tristeza, y serán llamados fuertes de justicia: cuando los benditos vengan a la derecha, y brillen como el sol en el reino de su Padre.

CAPÍTULO XII. Sobre la naturaleza de los hombres después del pecado.

1. Pero mientras tanto, los hombres destinados a la habitación de este orbe después del pecado original, no perdieron todo el bien natural que tenían en su condición; sino que, viciado primero por el delito del padre, lo corrompieron además con costumbres perversas, y así sucede que, al igual que con trabajo perciben los frutos de la tierra maldita, así también el bien natural que tienen en sí mismos no pueden conservarlo sin un cuidado laborioso.

2. Y como en la transgresión del primer hombre cayeron triplemente en la serpiente, la mujer y el hombre que consintió, de igual manera todos sus hijos, afligidos por tres heridas, es decir, dolor, vejez y muerte, desfallecen, y todo el bien que recibieron naturalmente del Creador, apenas lo conservan con gran vigilancia del alma, y cualquier bien que encuentran por estudio, adquirido por el don de Dios, no lo dejan a los herederos, excepto la iniqua mamona, y todas las artes que adquieren individualmente en la vida, las pierden igualmente al final de esta vida, cuando el espíritu se derrama.

3. Y en la misma condición de debilidad son afligidos pobres y reyes, necios y sabios. Pues todos necesitan igualmente del sueño, y es necesario que se alimenten y se vistan. Son gravados o corrompidos por las pasiones de los vicios carnales; son angustiados por los movimientos del ánimo, es decir, ira y amor, concupiscencia y temor. Desfallecen por el dolor, la vejez y la muerte. Rápidamente se despojan de lo pasado; usan moderadamente lo presente; esperan con incertidumbre todo lo futuro.

4. Del mismo modo sienten y viven por el oído, la vista, el tacto, el gusto y el olfato. También están sujetos al mismo vínculo del pecado original; enriquecidos por el mismo don del Redentor, son lavados por las aguas del bautismo y el Espíritu Santo; pero a estos hombres, que descuidan la fe de la redención o las obras de la fe, se les debe la misma pena eterna que a los ángeles transgresores y al diablo, su príncipe; pero a los que guardan, ya sea por los documentos de la Escritura o por los dones del bien natural, los derechos de la primera condición, por el don del Redentor se les prepara la vida futura.

CAPÍTULO XIII. Sobre la diversidad de los pecadores y el lugar de las penas.

1. Pero como la condición de los pecados es diversa, hay ciertos crímenes que pueden ser purgados por el fuego del juicio; otros, sin embargo, deben ser castigados con la pena del fuego eterno; y de estos, algunos son dignos de pena eterna, otros no llegan al juicio, otros después del examen del juicio sufren la suerte de la condenación perpetua; como dice el apóstol Pablo: "Los pecados de algunos hombres son manifiestos, precediéndolos al juicio; a otros, en cambio, los siguen" (I Tim. V, 24).

2. Pues de aquellos que carecen de juicio, el mismo Señor testifica y dice: "El que no cree en el Hijo ya ha sido juzgado" (Juan III, 18). De donde se entiende que quienes no merecen

someterse a la suerte de la fe, ni consiguen la gracia del bautismo, no saldrán al juicio futuro, sino que saldrán de esta vida examinados por la palabra del Evangelio, donde está escrito: "En verdad te digo, si uno no nace de agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios" (Juan III, 3). A estas palabras del salmista concuerdan, cuando dice: "No resucitarán los impíos en el juicio" (Sal. I, 5).

3. Pero aquellos que después de la ablución del bautismo están gravados por la multitud de pecados, ellos mismos se dividen en dos facciones: algunos de ellos, antes de salir de esta vida, son juzgados por las voces de la Sagrada Escritura; de los cuales habla el apóstol Pablo, diciendo: "No os engaños: ni los adúlteros, ni los fornicarios, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los idólatras, ni los avaros, ni los afeminados, ni los que se acuestan con hombres, ni los ladrones, ni los rapaces, poseerán el reino de Dios" (I Cor. VI, 9). Pues quienes cometen estos y otros crímenes capitales similares hasta la muerte sin remedio, juzgados de esta vida, saldrán a penas perpetuas.

4. Sobre cuya culpa habla el comensal del pecho del Señor, Juan: "Hay pecado que lleva a la muerte; no digo que se ruegue por él" (I Juan V, 16). Pues el pecado lleva a la muerte, quien, aunque en el último término de la vida, descuida hacer penitencia por los crímenes pasados. Y es de notar, según el apóstol Santiago, que "quien ofende en uno de estos, se hace culpable de todos. Pues el que dijo No cometerás adulterio, también dijo No matarás. Si no cometes adulterio, pero matas, te has hecho transgresor de la ley" (Jac. II, 10).

5. Pero algunos son reservados para el extremo juicio divino, que no están involucrados en estos crímenes capitales, y sin embargo, por la sentencia del juez supremo, sufren la suerte de la condenación eterna, quienes, despreciando las obras de misericordia, no alimentan a Cristo en los pobres ni con comida, ni con bebida, ni lo visten, ni lo reciben en su casa, ni le llevan consuelo en la visita a los enfermos, y a los atados en metales y cárceles, por lo cual oírán de Él: "Id, malditos, al fuego eterno, que mi Padre preparó para el diablo y sus ángeles" (Mat. XXV, 41).

6. Pues no basta para aspirar a los reinos celestiales no hacer el mal, si uno no se ha preocupado por hacer el bien; pues por el profeta Isaías se ordena igualmente por el Señor: "Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien" (Isa. I, 16). También por el salmista el mismo Espíritu del Señor compone estas mismas palabras, diciendo: "Apártate del mal y haz el bien" (Sal. XXXVI, 27). Y para mostrar que después del terror de esta sentencia tan terrible que hemos predicho, el juez no se conmovió por ninguna penitencia, al final de toda la disputa se añade así: "Entonces irán estos al fuego eterno" (Mat. XXV, 46).

7. Sobre el lugar de ese fuego eterno, es decir, el calabozo infernal, muchos han dicho que es un lugar corporal, donde los cuerpos de los pecadores serán torturados; pues si ese fuego no fuera corporal y lugar, ¿cómo podría retener los cuerpos resucitados torturados, en los cuales la verdad de la corporalidad será tan pasible, que estará sujeta a los crujidos de dientes y a los llantos lacrimables; como declaran las palabras del mismo Señor y juez, diciendo: "Y al siervo inútil echadlo en las tinieblas exteriores. Allí será el llanto y el crujir de dientes" (Mat. XXV, 30). Donde su gusano no muere, y el fuego no se apaga (Isa. LXVI, 24; Mar. IX, 45).

8. En el cual se dice al rey de Babilonia por el Profeta: "Debajo de ti se extenderá la polilla, y los gusanos serán tu cobertura" (Isa. XIV, 11). De este lugar también se ha dicho: "Así como las tierras en el profundo de las aguas, así los infiernos están en el profundo de las tierras". De donde parece que está escrito aquello que está escrito: "Que ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra, se encontró quien pudiera abrir el libro, y desatar sus sellos" (Apoc. V,

2). De donde claramente se ve que este lugar cualquiera que sea está bajo la tierra, que se llama infierno inferior y tierra del olvido.

9. Pero mientras este fuego se dice preparado para el diablo y sus ángeles, ¿qué clase de corporalidad se debe pensar que tiene, que puede torturar a los ángeles? También se describe que el alma del rico, despojada del cuerpo, fue torturada por ese fuego infernal, cuando dijo: "Porque estoy muy atormentado en esta llama" (Luc. XVI, 24). A menos que tal vez ese fuego y lugar tengan la virtud de poder torturar y retener a ángeles, almas y cuerpos de la misma manera. O ciertamente, mientras se dice de los hijos de la resurrección y de la bienaventuranza eterna: "Y serán como ángeles en el cielo" (Mar. XII, 25).

10. Sin duda, también los hijos de la eterna condenación, cuando hayan retomado sus cuerpos para la pena del fuego eterno, ellos mismos serán como demonios en el infierno; para que los hijos de la buena resurrección, siendo hijos de Dios, tengan la compañía de los ángeles buenos, y los hijos de la muerte eterna, siendo hijos del diablo, sufran la compañía de los ángeles de Satanás. De los cuales se dice: "Y serán reunidos en una congregación de un solo haz en el lago, y serán encerrados allí en prisión, y después de muchos días serán visitados" (Isa. XXIV, 22). Lo cual no sabemos si será para aumentar o disminuir las penas.

CAPÍTULO XIV. Sobre el fuego purgatorio.

1. Pero en verdad, aquellos que recibirán el consuelo de la vida eterna, también recibirán la bienaventuranza del reino de los cielos de dos maneras mediante el don de la generosidad. A algunos de ellos, aún estando en la tierra, mientras se hacen pobres por Cristo, no se les promete el reino de los cielos, sino que, aunque ausente, se les concede mientras perseveran en el trabajo y la fatiga, cuando se dice: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3).

2. De manera similar, aquellos que sufren persecuciones por la justicia, se alegran con la misma recompensa, cuando se añade: Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 10). No dijo "porque de ellos será", para que esperaran una vocación futura, sino que cuando salgan de sus cuerpos, recibirán por sí mismos lo que, mientras habitan en sus cuerpos, poseen temporalmente por el don del dador; y por eso, a estos que aún están en la tierra se les dice: Todo lo que atareis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatareis en la tierra, será desatado en el cielo (Mat. XVIII, 18).

3. Como si dijera: en esto se entiende que el reino de los cielos es vuestro, aún mientras permanecéis en la tierra, ya que a quienquiera que liberéis de los pecados, para que pueda ser poseedor de él, lo poseerá; y a quienquiera que excluyáis destinado a la masa de perdición, será excluido del mismo reino. Por lo tanto, el Señor les mandó: Alegraos y regocijaos, porque vuestros nombres están escritos en los cielos (Mat. V, 12). Como si se dijera, mientras vuestros nombres son borrados de la herencia terrenal por causa del reino celestial, y rechazados, es necesario que seáis inscritos como herederos de la patria eterna.

4. Así, aquellos que reciben todas las presiones y males en esta vida, sin ninguna tribulación de juicio y, por así decirlo, sin vocación, entrarán en el refrigerio eterno; por cuya gracia algunos serán llamados después de la purificación, poseerán un consuelo sin fin, a quienes después del examen se les dirá: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino (Mat. XXV, 34). Lo cual merecerán poseer por los consuelos de los pobres, más bien de Cristo en los

pobres, mientras proporcionan alimento al hambriento, bebida al sediento, vestido al desnudo, hogar al vagabundo, y visitación a Cristo enfermo y encarcelado, se ofrecía ministración en sus hermanos más pequeños.

5. En la vocación de estos se manifiesta que hasta ahora han estado algo lejos de Cristo, aunque han sido colocados a la derecha, a quienes posteriormente se les dice por el supremo juez: Venid, benditos (Ibid.). Como si dijera: Aquellos que hasta ahora en la purgación del examen, mientras tuvisteis algo de impureza que debía ser purgado por el fuego del juicio, estuvisteis algo lejos de la salvación, ahora, examinados puramente de toda, o incluso leve, mancha de culpa, acercaos y venid.

6. El mismo Señor no niega que algunos pecados sean perdonados en el futuro, cuando se dice: Pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tendrá perdón ni en este siglo, ni en el futuro, sino que será culpable de pecado eterno (Mar. III, 29). De lo cual se entiende que hay algunos pecados que, aunque no se perdonen en este siglo, pueden ser borrados en el juicio futuro por el fuego. Si no fuera así, el Señor no habría hecho esta distinción.

7. De este fuego habla Juan el Bautista, precursor de la venida del Señor, a los judíos: Viene después de mí, aquel de quien no soy digno de llevar el calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego (Mat. III, 11). Esto es: Aquel que lavará o desatará vuestros pecados pasados por el Espíritu Santo mediante el bautismo de agua, y algunos de los que seguirán después por crímenes, los perdonará por el fuego purgatorio. De ese fuego, que no se enciende para purificar a los impíos juzgados, sino para destruir a los condenados, el mismo Juan añade poco después: Su aventador está en su mano, y limpiará completamente su era, y recogerá su trigo en el granero; pero quemará la paja con fuego inextinguible (Mat. III, 12; Luc. III, 17).

8. Porque una cosa es ser bautizado con fuego, y otra ser quemado con fuego inextinguible. De este fuego también dice Juan: Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego (Mat. III, 10). Pero del fuego de purgación el mismo Señor habla en el Evangelio: Pero el que diga a su hermano, Raca, será culpable del infierno (Mat. V, 22). No dijo fuego eterno; evidentemente porque se cree que este delito será castigado por el fuego purgatorio, más bien que por la llama perpetua.

9. Sobre esta diferencia entre aquellos a quienes el daño del fuego futuro no tocará, y aquellos que recibirán la salvación después del daño del fuego, el apóstol Pablo expone, diciendo: Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas; otro, en cambio, madera, heno, hojarasca; si la obra de alguno permaneciere, recibirá recompensa; si la obra de alguno se quemare, sufrirá pérdida, pero él mismo será salvo, aunque así como por fuego (I Cor. III, 12 ss.).

10. Por estos dos edificios, es decir, oro, plata, piedras preciosas, y madera, heno, hojarasca, se designan las obras perfectas y menos perfectas edificadas sobre la fe de Cristo; pero aquellas que se designan por madera, heno, hojarasca, aunque frágiles, no se demuestran contaminadas.

11. De donde se entiende que no son los crímenes principales, que manchan (cuyos operarios Pablo excluyó del reino de Dios), sino aquellos que no dañan mucho, aunque edifican menos, los que pueden ser designados por estos, es decir, usar inútilmente el matrimonio legítimo más de lo que es suficiente; comer en exceso de la abundancia de alimentos; alegrarse por cualquier cosa; dejarse llevar por la ira hasta palabras intemperadas; deleitarse en las propias

cosas más de lo necesario; ser negligente en la oración más de lo que conviene a las horas; levantarse más tarde de lo que corresponde; elevar la voz en risa desmedida; consentir al cuerpo en el sueño más de lo que la necesidad exige; callar la verdad; hablar ociosamente; opinar que algo es verdadero cuando no lo es; aprobar lo que creíste falso en cosas que no pertenecen a la fe; olvidar negligentemente el bien que debe hacerse; tener un hábito desordenado. No se debe negar que estos y pecados similares pueden ser purgados por el fuego, y se debe pensar que su autor, si no está gravado por mayores, será salvo, aunque así como por fuego.

12. Pero si los penitentes al final de la vida presente reciben aquí la plena remisión de sus pecados, o si sus delitos son borrados por el fuego purgatorio, lo sabe aquel que, viendo los riñones y el corazón, considera la dignidad de la penitencia, quien respondió al ladrón en la cruz casi ya sin tiempo, sin obra penitente: Hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 43). Y dice a Ezequiel: El día que el impío se convierta de su impiedad, no recordaré todas las iniquidades que ha cometido (Ezeq. XXXIII, 12). Pero sobre ese fuego purgatorio se debe advertir que es más largo y más agudo que cualquier modo de tormento que el hombre pueda concebir en el presente.

CAPÍTULO XV. De la vida futura.

1. Sobre esa verdadera bienaventuranza de la vida futura, la Sagrada Escritura expone: Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido en corazón de hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman (I Cor. II, 9). De lo cual el Señor dice: Serán como ángeles en el cielo (Mar. XII, 25). Y algo más excelso de esto anuncia el sermón del mismo Señor: Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre (Mat. XIII, 43); ciertamente el sol de justicia se levantará para los que temen el nombre del Señor, en cuyas alas hay salud, quien en el monte hizo resplandecer el rostro de Moisés con Elías ante los apóstoles; con quien, mientras los santos sufren, también se glorificarán.

2. En lo que antes dijo: Serán como ángeles en el cielo (Mar. XII, 25), se debe observar que así como los ángeles, hechos primero por naturaleza mutables, lo cual se probó en aquellos que cayeron, ahora son inmutables, para que no teman pecar, ni puedan, por la contemplación de Dios, así los hombres, también hechos por naturaleza mutables, lo cual se exploró en Adán y su descendencia, creados, después de la resurrección, hechos inmutables por la contemplación del Creador, ni desearán pecar, ni podrán; pues toda criatura racional que se refresca con la contemplación de Dios, no puede pecar.

3. No porque los ángeles y los hombres, carentes de vicio, no tengan el libre albedrío; pues todo lo que quieren en esa vida, eso hacen, pero no pueden querer algo que no sea bueno; por lo cual, como nunca quieren mal, no cometen ningún delito.

4. Pero esta perfecta buena voluntad se perfecciona por la contemplación del supremo Creador, mientras lo que la criatura no pudo tener por sí misma, se le concede por el don del dador; de donde se entiende claramente que los ángeles o los hombres, que ya sea en el cielo o en el paraíso, pecaron, no vieron a Dios, porque si lo hubieran visto, de ninguna manera podrían pecar después.

5. Pero a esto, respondiendo quizás alguien diga: ¿Por qué entonces, después de la visión de la gloria, de la cual el rostro de Moisés resplandecía en el desierto, pecó en las aguas de la contradicción? Y Pedro, después de la gloria del Unigénito mostrada en el monte con Moisés y Elías, negó al Señor en el atrio de los sacerdotes. A esta proposición se responde fácilmente

que Moisés vio la parte posterior de la gloria a través de un ángel o alguna otra criatura. Y Pedro y los demás discípulos vieron resplandecer la divinidad de Cristo a través del cuerpo humano; pues si hubieran visto la divinidad por sí misma, de ninguna manera podrían vivir después en la carne.

6. Porque el mismo Señor respondió a Moisés: Nadie verá mi rostro, y vivirá (Éx. XXXIII, 20). Por lo tanto, los santos después de la resurrección no verán al Señor a través de figuras y enigmas, como de este mismo el insigne Maestro de los gentiles pronuncia: Porque ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara; ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como fui conocido (I Cor. XIII, 12). Como el poderoso poseedor del pecho del Señor, el comensal Juan dice: Le veremos tal como es (I Juan III, 2); cuando se cumplirá lo que se promete a la Iglesia por el profeta Isaías: No habrá más sol para iluminarte de día, ni el resplandor de la luna te alumbrará, sino que el Señor será para ti luz eterna, y tu Dios será tu gloria (Isa. LX, 19).

7. De lo cual se entiende que no por las criaturas, sino por la majestad del mismo Señor será iluminada la Iglesia, cuando con la serenidad de la felicidad perpetua se le permita asumir la dignidad del consorcio angélico, en la cual serenidad poseerá todas las cosas prósperas sin la presión acusadora; cuando ni la luz será terminada por las tinieblas, ni la vida por la muerte, ni la salud por el dolor, ni la alegría por la tristeza, ni la juventud por la vejez, ni el amor de los queridos por la ausencia, ni la belleza por la vileza, ni la fortaleza por la debilidad, ni la justicia por el pecado, aunque incluso sobre estas cosas haya aquellas que ni el pensamiento ni ninguna razón del hombre aún en la tierra puede comprender.

8. De todas estas criaturas, cuyo orden hemos esbozado, el Creador creó algunas de la nada, y otras de algo; pues el cielo y la tierra, el mar y lo que de ellos se hizo, los creó de materia informe; pero la misma materia informe, y los órdenes de los ángeles, de los cuales hemos hablado antes, y el alma humana, los hizo de la nada. Porque no creemos que el alma sea parte de Dios, sino su criatura. Si Dios la hubiera hecho de sí mismo, de ninguna manera sería pasible, mutable y miserable.

9. Además, si la hubiera creado de criaturas corporales, tendría algo corporal en su naturaleza, ya sea calor del fuego, o aliento del aire, o humedad del agua, o grosor y solidez de la tierra; pero como carece de todas estas cosas, conviene que sea creada incorpórea, y por esa incorporeidad, y eternidad, y poder del libre albedrío, se reconoce que tiene la misma sustancia y origen de creación que los ángeles. Esta imagen de Dios no posee semejanza en la eternidad, sino en el libre albedrío; de la cual semejanza de la imagen de Dios impresa, el Profeta recuerda, diciendo: La luz de tu rostro ha sido sellada sobre nosotros (Sal. IV, 7).

10. Si las almas son enviadas individualmente por Dios a cada cuerpo, o si se debe pensar que vienen de Adán y de los padres, como los cuerpos de los nacidos, aunque muchos y sabios hombres han discutido sobre esto, y no han dejado nada en esta cuestión a lo que se pueda dar más fe, ¿qué nos conviene intentar algo sobre tan grande y peligrosa cuestión, o qué beneficio nos aporta proponer algo en estas ambigüedades, en las que las partes se vencen mutuamente, sin poder sostener sus propias exposiciones?

11. Y por eso, para no desear algo por encima de nosotros, reservemos esta cuestión, que muchos escritores han dicho que es insoluble, al conocimiento del Creador, porque cualquier cosa que la saciedad de quien come de la carne del cordero pascual no pueda consumir, el voraz fuego del día siguiente consume sin falta, por lo cual se entiende que todo lo que

escapa al conocimiento de nuestra investigación en el cuerpo de la Sagrada Escritura, se ilumina y consume por el fuego del conocimiento divino.

12. Pero incluso aquellas cosas que hemos tocado, como a través de una pequeña ventana de nuestro sentido y sabiduría, por alguna iluminación previa de su gracia, no podemos conocerlas todas perfectamente como se debe; porque conocemos en parte, mientras estamos en este siglo; pero si llegamos a esa luz inestimable del Padre de las luces, entonces conoceremos como somos conocidos.

13. He aquí, venerable Padre, he respondido sumariamente con un discurso compendioso, según la medida de mi pequeño ingenio, a tu propuesta sobre el orden de las criaturas. Compensaré la recompensa de este pequeño don con tus oraciones; no porque el servicio de mi insignificancia pueda conferir algo digno en la obediencia a tu veneración y autoridad, sino que el esfuerzo de la obediencia llena lo que no puede alcanzar; pues en el tesoro del templo, la pequeña ofrenda de la viuda pobre se prefiere al abundante oro de muchos ricos, y en el tabernáculo dorado, donde se ofrecen dones de plata y piedras preciosas, de lino fino y púrpura, y jacinto, y escarlata, también la diligencia de aquellos que traen pieles de cabra no se desprecia.

14. Por lo tanto, no desprecies la obediencia de mi pequeñez en el puerto apacible de tu corazón, y no te niegues a gobernar con el timón de tu autoridad la pequeña nave de esta obra contra las inestables olas de los murmuradores. Porque yo, consintiendo con los buenos y católicos lectores, no me preocupo por las quejas de los envidiosos, que sin alas reptan en la tierra, ridiculizando con el vuelo de las ranas los nidos de las aves. Contra ellos, protegido por el escudo de tu razón, y armado con el auxilio del Señor, cuidaré de apresurarme seguro hacia la patria en ambos lados. Porque procurando agradar a Dios, no tememos en absoluto las amenazas de los hombres. Gracias a Dios. Amén.